

*Abogado, historiador y arqueólogo. Fundador del Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM en 1936, secretario del Instituto de Antropología y colaborador de diversas revistas, como *Barandal*, *Arlas* y *Letras*. Murió en el Popocatepetl a los 37 años de edad (1949). Este texto apareció en *Universidad: mensual de cultura popular*, septiembre de 1936, tomo III, núm. 8.

TRAYECTORIA DE LA UNIVERSIDAD

Salvador Toscano*

Nosotros no queremos que en el templo que se erige hoy se adore una Atena sin ojos para la humanidad, y sin corazón para el pueblo dentro de sus contornos de mármol blanco; queremos que aquí vengan las elecciones mexicanas en teorías incesantes para adorar a Atena promakos, a la ciencia que define a la Patria.

Justo Sierra.

Cuando en septiembre de 1910 el maestro Justo Sierra pronunciaba el discurso oficial en la inauguración de la Universidad Nacional de México, se planteaba este problema que él mismo habría de resolver con visión incomparable: ¿surgía una nueva Universidad o se restauraba la vieja Universidad?

Decía Justo Sierra: "¿Tenemos una historia? No. La Universidad que nace hoy no tiene árbol genealógico; tiene raíces... Si no tiene antecesores, si no tiene abuelos, nuestra Universidad tiene *precursores*: el gremio y claustro de la Real y Pontificia Universidad de México no es para nosotros un antepasado, es el *pasado*". Y en estas palabras, mezcla de incompreensión y de justicia, de orgullo y de descastamiento —brotadas en una época todavía incapaz de mirar amorosamente nuestro pasado— resume Justo Sierra la realidad mexicana, fija siempre en el porvenir. La muerte de esa Universidad no habremos de sentirla en un pueblo joven, porque éste, como los árboles, florece siempre en el tiempo propicio. En México, más que en parte alguna, la Universidad vive destruyéndose minuto a minuto, para recrearse en el sentido definitivo: 1929, 1933, 1935.

Pero la Universidad que nacía en la época de Justo Sierra, ambiciosa, llena de significación espiritual, inmune a la afrenta, confesaba tener una raíz, un precursor, un pasado. Y a la inteligencia de esta fórmula del maestro, habrá siempre de aspirar esta Universidad que vive recreándose día a día, que florece y se despoja de sus mejores frutos.

Pero la Universidad Colonial es para nosotros, hoy más que nunca, un precursor, una raíz, un pasado. Murió en definitiva —y sentimos su muerte como necesaria— porque fue el resultado, no por cierto imprevisto de la trayectoria nacional: morían las últimas caudas coloniales y surgía una nueva realidad, orgullosa de su presente, injusta para un pretérito cercano.

La Universidad Real y Pontificia había nacido como la obra cimera del educador de la contrarreforma, y con ella habría de morir. Su neoescolasticismo, que lo era el de Suárez brillantemente entronizado por fray Alonso de la Veracruz, coronó la obra española durante más de dos siglos. Cuando Carlos, emperador universal, funda la Universidad en 1533, crea la arista definitiva de la Nueva España. Allí la cultura criolla, escolástico-barroca se habría de expresar en los nombre ilustres, cuyas almas se han apoderado de nosotros con ímpetu ciego, de fray Alonso, Cervantes de Salazar, Sigüenza, Kino, Clavijero, Alegre, Gamarra, León y Gama, Veytia, Bartolache, Alzate, espíritus cuya voluntad dispersa es como el numen que alimenta y vive en los recios edificios de san Ildefonso, Minería...

Aquella Universidad vivió más de tres siglos. Inconmovible, sin que siquiera el *siglo de las luces* y el racionalismo rasgaran su superficie. Entonces murió, murió de muerte natural. Años anteriores y decisivos aquella Universidad había transitado brillantemente del escolasticismo de fray Alonso, al cartesianismo de Gamarra; entonces era un cuerpo

vivo. Pero cuando el racionalismo penetra en todos los espíritus, aquel edificio envejecido parece no entender los tiempos nuevos, y no se robustece en la lucha sino sucumbe. De sus apretadas filas salen sus más destacados enemigos; resaltar entre ellos el doctor Mora, el precursor y el cerebro más claro de la Reforma Liberal: éste fue la piqueta demoledora. Hoy día, aprendices de Mora sin talento, creen dar muerte a nuestra corporación, sin entender previamente que el aniquilamiento de la misma es el supuesto en que descansó la extinción de la Nacional y Pontificia en 1833.

De entonces a 1865, en que muere definitivamente, su suerte está ligada al partido político en el poder. Es su época de pasión y miseria. En 1834 el hombre fuerte de Manga de Clavo la restaura, y Alamán le da vida todavía hasta 1857. En este año el Partido Liberal en el poder, Comonfort a la cabeza, vuelve a terminar con ella. Y un año más tarde, 1858, nuevamente es restaurada por el gobierno de Zuluaga y Miramón. Eran los años tumultuarios que precedieron a la Guerra de Tres Años; la Universidad entra en agonía definitiva: en 1861, el gobierno de Juárez clausura por tercera y última vez la Universidad Nacional y Pontificia. Ya ni siquiera al advenimiento del Imperio se la intenta restaurar, y es el propio Maximiliano quien en 1865 le da muerte definitiva: "lo que en la Edad Media se llamó Universidad ha llegado a ser hoy una palabra sin sentido". Moría, pues, porque fatalmente estaba condenada a morir, porque ya no era la "Casa de Aprendizaje Universal" que quería Newman; no fue asesinada en flor, no fue destruida por la barbarie, murió en la más opaca de las oclusiones, murió porque se aniquiló en una irrealizable contradicción.

La Universidad se pierde para México cuando incapaz de renovarse en el racionalismo, se encontró con las ideas vivas y fecundas de la época; cuando incapaz de acomodarse a ellas o superarlas, enquistó sus fuerzas en el culto romántico del pasado. Sólo años más tarde, al llegar de París Gabino Barreda, el discípulo de las cátedras de Comte, con su bagaje de filosofía positiva a entronizar el método experimental como filosofía, parece renacer la Universidad en sus colegios y facultades dispersos

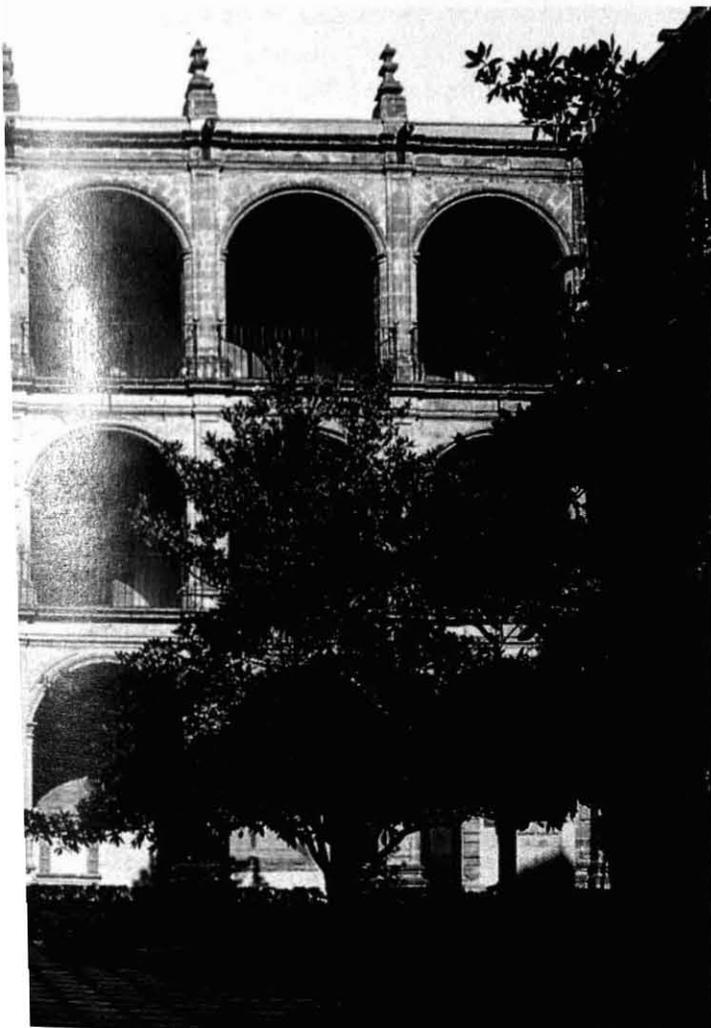
—integrados en Universidad más tarde por Justo Sierra— completando así el tránsito de México: ayer escolástico, más tarde cartesiano, hoy positivista.

En 1910 los nombres ilustres del humanismo atlántico vuelven remozados a México, eran los días en que Justo Sierra fundaba la Universidad Nacional de México, y en que en las entrañas de nuestro suelo se agitaba ya la Revolución mexicana. Pero Justo Sierra entendía lo cambiante del momento, y es ejemplo vivo del arquitecto futuro, cuando después de un elogio del método positivo, pronuncia estas palabras en que habla el revolucionario y el humanista:



Foto A Estrada

Una figura implorante vaga hace tiempo en derredor de la *templa serena* de nuestra enseñanza oficial: la filosofía; nada más respetable ni más bello. Desde el fondo de los siglos en que se abren las puertas misteriosas de los santuarios de Oriente, sirve de conductora al pensamiento humano, ciego a veces. Con él reposó en el estilóbato del Partenón, que no habría querido abandonar nunca; lo perdió casi en el tumulto de los tiempos bárbaros, y reuniéndose a él y guiándolo de nuevo se detuvo en las puertas de la Universidad de París, el *alma máter* de la humanidad pensante, en los siglos medios; esa implorante es la Filosofía, una imagen trágica que conduce a Edipo, el que ve por los ojos de su hija lo único que vale la pena de verse en este mundo, lo que acaba, lo que es eterno.



Si la Universidad Nacional de México, al hacerse ley la revolución en el año de 1917, no murió, fue justamente por este nuevo humanismo isócrono a las teorías sociales postuladas por los revolucionarios de México; este humanismo que previó con mirada genial el maestro Justo Sierra, y que habría de completar la generación del Ateneo, Caso y Vasconcelos.

Hoy no es una duda para nadie que, en cierto aspecto, la Revolución mexicana fue antiliberal. Lo fue en lo que se refiere a la economía, es decir, en lo único que se puede ser antiliberal: contra el dejar hacer y el dejar pasar en la industria y en la propiedad; pero no lo fue, y esto es timbre de orgullo para nosotros, en materia educativa. El pensamiento, después de la Revolución, siguió siendo libre.

La Universidad, por esta razón, pudo conciliar el humanismo naciente con las ideas sociales de la época. Y por ello su lucha por la libertad, desde que nació, estuvo implícita en ella: esta lucha no es la obra de una generación, es el impulso de la Universidad durante cerca de un cuarto de siglo. La autonomía era un rebeldía, en parte contra la degradación del Estado, en parte para poder satisfacer plenamente su tarea: empezó en 1915 y terminó en 1929.

Pero esta Universidad no podía ser, aun después de la consecución de su autonomía, la feliz y tranquila Universidad al modo europeo, el sitio de aprendizaje universal como Oxford, Leipzig, Heidelberg, Lovaina. Nuestra Universidad tumultuaria es, como aseguraba Alejandro Gómez Arias, *espejo fiel de una patria que vive a caballo*.

* * *

La situación de la Universidad, sin embargo, a la clara luz de la opinión pública, atraviesa por su crisis definitiva los años de fronda de 1933. Para la Universidad se planteaba el problema de una filosofía adaptada a la época y, como punto de partida, se escogía el materialismo histórico. Los grupos que entonces lucharon contra este intento, lucharon en sentido diverso: los liberales y un sector católico, contra la tesis misma; los comunistas, contra la demagogia y subversión del orden pues "a un Estado

marxista habrá de corresponder una Universidad marxista", y no precisamente a la inversa.

Se planteó la lucha, pues, en el Congreso de Universidades, no como una lucha contra la Universidad, sino por su renovación. Pero a los ojos vigilantes de los jóvenes se abrían perspectivas diversas e irresolubles. Todavía vibraban en el ambiente aquellas luminosas palabras del maestro Justo Sierra, abriendo las puertas a la Filosofía. Dogmatizar, en cualquier sentido, era cerrarla nuevamente para su función, porque ésta lleva implícita la idea de la libertad. No se concibe sin su previa autonomía en el pensamiento y en su administración; su función, ya definida por nuestro Estatuto no se realizaría sin su libertad: transmisión de enseñanza, es decir, eficaz docencia y eficaz capacitación profesional; investigación y creación de valores culturales, por medio de sus institutos; y extensión universitaria, porque la Universidad no es el recinto frío, "patria ideal de hombres sin patria", el laboratorio inerte, que no tiene "ojos para la humanidad y corazón para el pueblo", sino la Corporación viva que derrama ese patrimonio minoritario sobre la nación misma.

En 1933 la Universidad entra en la lucha definitiva: en 1934 hace crisis esta situación, pero si entonces no fue resuelta su ruta y si la Universidad no coronó grandiosamente su lucha, se debió más que todo a la indecisión de sus autoridades. De esta manera sólo se aplaza la crisis definitiva para 1935,

época en que el grupo entonces más destacado la abandona a su propia suerte y grupos más jóvenes y decididos arrancan su timón en pleno naufragio. Libertad, humanismo, extensión social: una nueva Universidad ha nacido y nuevamente la sombra majestuosa del maestro Justo Sierra vuelve a reconocer su tronco universitario.

Limpia bandera esta la del humanismo, bandera que es la de la nueva Universidad, que es la de Justo Sierra: Universidad escolástica, cartesiana, positivista, humanista. Un justo y ponderado humanismo, fuera de la demagogia materialista, fuera del humanismo confesional de los grupos que precedieron. Porque a la estéril discusión acerca de la separación de la Universidad y el Estado o la Universidad como órgano del Estado, sólo podemos responder que es en la armonía de ambos como las tareas se hacen menos estériles: así como pensamos que no es en la destrucción de una clase, sino en su armonía, como la vida se vuelve profunda y creadora.

Las universidades que murieron en México, murieron porque fueron incapaces de acomodarse a las ideas sociales de la época, o porque no pudieron superarlas. Pero ésta, que ha nacido por los impulsos generosos de los jóvenes, quiere superar la realidad presente y buscar sus rutas en sentido definitivo: ayer escolástica, cartesiana, positivista, humanista. ¿Y mañana? La respuesta habrá de brotar de las reservas jóvenes y mexicanas de nuestro suelo. ♣

